

# INFORMACIONES

## ESPAÑA, LA O. T. A. N. Y EL MEDITERRANEO

*El viejo Mediterráneo ha vuelto por sus fueros de mar conflictivo y escenario de confrontaciones bilaterales e internacionales. A los permanentes y graves focos de tensión suscitados por el conflicto árabe-israelí y las sostenidas presiones soviéticas por afianzarse en este «lago» euroafricano, hay que sumar nuevos puntos conflictivos en Malta, Chipre y Grecia y la urgencia estadounidense por asegurarse la estabilidad del Mediterráneo occidental.*

El conflicto del Cercano Oriente era en los últimos meses poco menos que un conflicto olvidado. Soslayando alguna que otra amenaza belicosa del Presidente Sadat, la tregua «de hecho» que desde mediados 1970 impera sobre la zona no ha conocido prácticamente otras alteraciones que las luchas entre la resistencia palestina y las tropas jordanas. En la pasada semana, sin embargo, la aviación siria ha entrado en acción por primera vez en dos años, y el Ejército israelí ha llevado a cabo un despliegue aéreo, artillero y de carros, adentrándose algunos kilómetros en territorio libanés.

La «frontera del Canal» no es sin embargo motivo de grandes preocupaciones internacionales. Directa o indirectamente la atención se centra ahora en el afianzamiento de la Tercera «Eskadra» soviética en aguas mediterráneas. En Malta las negociaciones entre el Gobierno de Londres y Dom Mintoff permanecen en flagrante «impasse», aunque lejos ya de la alarma primeriza en la que llegó a temerse un cambio radical de banderas en los fondeaderos de La Valetta.

Ahora es otra isla mediterránea —Chipre— la que se desenvuelve en una crisis de muy incierta salida. En Chipre se mezcla lo político con lo religioso, la dicotomía étnica con la estrategia, los viejos deseos griegos de incorporarse a la isla (la «enosis») con la indecisa neutralidad pretendida por el Presidente-arzobispo Makarios,

a este panorama con sus recientes acuerdos con la Unión Soviética en materia de petróleo y armamento.

En este contexto los Estados Unidos relanzan sus proposiciones de que España ingrese plenamente en la O.T.A.N. Ayer, una vez más, el secretario de Estado norteamericano, William Rogers, afirmaba que los acuerdos hispano-norteamericanos de amistad y cooperación son «un importante paso para reforzar nuestra postura defensiva en Europa y un factor que contribuye a la estabilidad en la zona del Mediterráneo». Washington, según Rogers, continúa promoviendo y respaldando la iniciativa española de estrechar sus relaciones con Europa occidental.

España, en efecto, es una de las piezas claves de la nueva estrategia estadounidense. Estados Unidos sabe muy bien que la inmediata confrontación con la U. R. S. S. se va a producir —si no se está produciendo ya— en el océano Indico, y comienza a derivar su política atlántica hacia una incipiente «política del Pacífico». En este contexto, Europa debe afrontar las responsabilidades de su propia defensa, incluido su flanco mediterráneo. Pero sin la «orilla izquierda» (la árabe), con Malta en precaria situación, con Chipre convulsa, con Francia tan dentro como fuera de la Alianza y

con una cornisa árabe harto recelosa de toda la orilla europea desde Port Bou hasta el Adriático y desde Albania a la frontera sirio-turca, esa «autodefensa europea» necesita perentoriamente el apoyo directo de España, país que, además, guarda estrechas relaciones de amistad con el mundo árabe.

La O. T. A. N. «europea», sin embargo, no tiene demasiado interés en la retirada americana y no pone el mismo énfasis que Estados Unidos en la integración de España en la Alianza. Sólo «defección española —impen-sable— del dispositivo defensivo de Occidente, o simplemente su neutralidad, haría estremecerse al Pentágono y a los Estados Mayores de la Alianza Atlántica. Ahora bien, como no podemos ni queremos jugar aquellas arriesgadas cartas, sólo nos queda un camino expedito para escapar a cierta ambigüedad: la apertura a Occidente a la que nos incita Washington. De otro modo nos autocolocamos en una situación desfavorable y peculiar. A la posible Conferencia de Seguridad Europea vamos a acudir, por ejemplo, desde el campo occidental, pero sin pertenecer ni a la O. T. A. N. ni a la C. E. E., y paradójicamente, con criterios más próximos a los del Pacto de Varsovia que a los de la Alianza Atlántica.

La crisis del Mediterráneo —que no remite— nos está exigiendo una clara definición estratégica. Hay tres sillas para sentarse: la de Occidente, la del Este y la de la neutralidad, pero lo que no acabamos de comprender es la necesidad de quedarnos de pie.